

CASA MUSEO UNAMUNO

COSAS DE LIBROS

(Para LA NACION)

SALAMANCA, agosto de 1918.

¡Gracias a Dios que se ha acabado el curso y que puede uno encerrarse unos días en casa, tenderse sobre la cama rodeado de libros, folletos, revistas y diarios y empezar a viajar por las tierras y los tiempos y a enterarse de lo que han hecho y hacen otros; de lo que ha hecho y hace uno mismo! Porque no le deis vueltas; nadie sabe ni aun lo que con sus propios ojos vio hasta que no lo oye o lee expresado por otro, o por él mismo, en lenguaje humano. Al viajero le sirven sus diarios de viaje para poder enterarse luego de lo que en él aprendió. Darse cuenta de algo es haberlo, de una manera o de otra, expresado.

Conoció un hombre que se dedicaba durante sus vacaciones de verano a ir recorriendo nuestras viejas ciudades cargadas de reliquias históricas e ir sacando vistas verascópicas de ellas. «Pero usted no se enteró de nada de lo que ve?—le dije.—¿Usted no se detiene a contemplarlo, a gozarlo?» «Es inútil—me contestó—pues no vería nada por horas que estuviese ante cada monumento; lo que no vea en el primer instante, en fresco, no lo veo después y es el veráscope el que en mi presencia lo ve mejor y me lo guarda. En las noches de invierno me dedico luego, en mi casa, a renovarlo, a gozarlo, a contemplarlo». «Pero entonces—le repliqué—lo mismo sería que comprase usted las vistas hechas por otro y sin moverse de casa. «No, no es lo mismo;—me arguyó—hay mucha diferencia a la vista de una de estas vistas en tener o no el sentimiento de haber estado a presencia del modelo real y viviente. Hay personas que sin haber estado en una ciudad o en una catedral la conocen mejor, mucho mejor, que los que han estado en ella, pero la sensación a la vista de aquella en que estuvimos es insustituible».

Puedo, por lo que a mí hace, asegurar, que antes de haber estado en Venecia, pongo por caso, conocía el Puente de los Suspiros tan bien como lo conozco hoy después de haberlo visto, pero el actual conocimiento es de otra clase. ¿Más perfecto? No lo creo. ¿Más vivo? Tampoco. ¡Qué sé yo!...

Es una vulgaridad eso de hablar de gentes que sólo conocen ciertas cosas por los libros. Las que por ellos se no las sé peor que aquellas otras de que he tenido eso que se llama experiencia directa e inmediata y aun de éstas puedo decir que si las conozco bien es gracias a los libros o a lo que haga sus veces. De mis propias ideas si tengo noción algo clara es gracias a haberlas puesto por escrito y a que las puedo leer. Expresar algo es enterarse de ello, ni nadie puede saber si sabe algo hasta que no lo ha expresado.

El lenguaje, la expresión, es el padre del conocimiento humano, reflexivo. El Dr. Ward sostiene, con otros, que cada uno tiene su mundo y que no hay modo de saber si nuestros sentidos mundos coinciden y concuerdan entre sí o no. Las presentaciones de un hombre no pueden llegar a ser las de otro. Cada espíritu es exclusivo dueño y retenedor de sus propias verdades y de sus propios errores. Para cada cual su propio mundo, para cada yo su propio no-yo. No hay elemento común a las varias experiencias. Y, sin embargo, se arguye, hay un conocimiento común. Lo que hay es un lenguaje común y basta.

«Lo más que L. puede indicar o comunicar a M. de una parte cualquiera de su propia experiencia es tanto de ella como sea común a la experiencia de ambos». Esta proposición del doc-

tor Ward se esfuerza en analizar sir Henry Jones, profesor de filosofía moral en la universidad de Glasgow. «¡Siempre cosas de libros!»—exclamará algún lector. Pues, si, amigo mío, siempre cosas de libros, y tú mismo, como lector, como conocedor, como espíritu, como hombre, en fin, y no como animal tan sólo, eres cosa de libros y los libros te han hecho. Somos hijos todos del lenguaje, de la expresión.

Lo que hay de común entre dos o más hombres, lo que se pueden comunicar, no es sino el lenguaje, la expresión. El lenguaje es el fundamento de la sociedad y de la sociabilidad. ¿Qué importa que tú y yo veamos un chopo o una oveja o un carro de distinta manera si le llamamos chopo y oveja y carro? Dicen que la mayor parte de las discusiones lo son de palabras. ¡Naturalmente! En lo único en que se discrepa de veras es en las definiciones.

La ciencia, es decir, el conocimiento humano, consiste en nombrar las cosas. El capítulo primero del Génesis, en su versillo 28, dice que Dios puso al Hombre, a Adán, en la Tierra para que se enseñorease de los peces del mar, de las aves del cielo y de todas las bestias que se mueven sobre el suelo, y en el versillo 19 del capítulo segundo se nos dice que luego que Jehová formó de la tierra toda bestia del campo y toda ave de los cielos, se las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar, y que el nombre que les dió Adán, el Hombre, ese es el suyo. Y así es cómo se enseñoreó de la Tierra el Hombre.

Cuando los hombres no hablan, no discrepan ni disputan, pero tampoco se entienden, ni en rigor son hombres. Sociedad no es más que lenguaje común. Aunque sea de gestos, aunque sea de dibujos. De la mayor parte de las cosas que vemos no nos damos cuenta hasta no haber visto dibujos de ellas. Los maravillosos dibujos prehistóricos de renos, de bisontes, de cabras, que se ve en cavernas, nos prueban que ya entonces había sociedad humana, es decir, conocimiento humano. Cuando uno de aquellos hombres cavernarios dibujó un bisonte, se enteró él mismo y se enteraron los demás de que había bisontes. Hasta entonces, aunque acaso hubiesen comido de su carne, no sabían que los hubiera.

De eso que llaman ahora los pedagogos lecciones de cosas, dicen muchos que no son más que lecciones de nombres. Y así es. Pero es que el nombre es la cosa misma. Un niño sin lenguaje alguno, oral o gráfico, de sonido o de figura, no sabe en qué mundo vive y ni si vive.

Hay quien se pregunta qué sería de un niño a quien desde pequeño se le dejase solo proveyéndole de alimento y de abrigo. No cabe hacer la prueba, pero si se hiciera, verfase que acababa por morir de hambre y pronto. Y no por otra cosa sino por falta de lenguaje de alguna clase. Las cosas, como no hablan, ni escriben, no le enseñarían nada. Porque eso del Libro de la

Naturaleza no es más que una frase. Y si la Naturaleza es Libro, es gracias al Hombre, que le ha puesto las letras. Sin lenguaje, la Naturaleza es un libro en blanco. Nadie aprendería nada de su propia experiencia si no tuviese a la vista el diccionario de la experiencia ajena, el lenguaje. Nadie distinguiría los sinónimos de la Naturaleza sino gracias a los nombres que les hemos puesto.

Hace unos meses estuve en el frente italiano y de allí me traje libros, memorias, diarios, folletos, apuntes, mapas, dibujos, fotografías y, gracias a todo esto, conozco algo de aquel frente que vi y de lo que puede ser un frente en la guerra actual. Y el que está en uno de esos frentes sólo se da cuenta de él cuando lo ha visto así, a través de la traducción idiomática.

Uno se percata de que su visión de la guerra, su comprensión de ella, apenas se ensancha ni se aclara después de haber contemplado su escenario y oído acaso tronar el cañón. Un corresponsal de guerra me ha confesado que necesitó leer sus correspondencias para darse cuenta de lo que había visto. Y es que no podemos almacenar experiencia alguna sino convertida en conocimiento y éste es expresión. No se sabe que a uno le ha dolido algo hasta que no se lanzó el grito de dolor o se ahogó este grito, pero convertido en otra expresión cualquiera.

¿Intelectualismo? ¡Qué más da! Civilización en todo caso. Porque la civilización es vida civil, de ciudadano, es sociabilidad humana. Y lo demás es salvajería. Y ni aun esto, pues los salvajes se entienden entre sí. El puro hijo de la naturaleza, el que no es más que hijo de la naturaleza, no existe en cuanto hombre. Y ni la naturaleza conoce.

Habrás notado, lector, que cuando alguno de los que alguna vez te habíamos de la guerra vamos a alguna parte del teatro de ella y te contamos algo de lo que allí vimos, no te damos nociones ni más claras ni más vivas. Es natural; allí el bosque nos impide ver los árboles o los árboles nos impiden ver el bosque. Ciertas cosas, las más importantes, se hacen mejor con un buen plano a la vista que sobre el terreno. En el gabinete de trabajo del general Cadorna, en Udine, nos enseñó aquél un plano en relieve donde nos enteramos del frente del Isonzo que íbamos a recorrer, y después de recorrido no lo conocíamos mejor. Creo más bien que peor.

De la actual guerra se enterarán nuestros nietos mejor que nosotros. No de sus consecuencias, sino de sus causas y de lo que ha ocurrido y está ocurriendo en ella.

¿Teóricos y prácticos? ¡Bah, simplezas! Cuando un hombre que ha hecho algo no os sepa explicar lo que ha hecho, con uno u otro lenguaje, no os fiéis de él para que lo vuelva a hacer. Lo que sí puede ocurrir es que alguno, luego de haber hecho algo, se lo exprese a sí mismo, lo aprenda. Y si no se lo expresa, si no lo reduce a lenguaje, no lo volverá a hacer bien. Eso de que uno sepa algo y no expresarlo es un error. Lo que hay es que hay más expresión que la del lenguaje articulado y que el puro hacer algo no es siempre expresarlo. Pero todo hacer reflexivo supone una expresión.

¡Cosas de libros, sí! Así son todas las cosas humanas. Y los hombres mismos son hombres porque son de libros y cuando lo son. El fetiche de un salvaje, el toscos dibujo que graba en su cabaña, el adorno con que se atavía, son libros. Es decir, son memoria colectiva. Y donde no hay memoria colectiva, donde no hay libro, no hay ni albores siquiera de racionalidad.

Ahora que he quedado libre de mis tareas oficiales, ahora que puedo encerrarme en mi casa, entre mis libros y mis papeles y las notas que de mi experiencia reciente he tomado, ahora es cuando podré darme cuenta de la vida colectiva de que he participado, del juego de acciones y pasiones de que he sido testigo y acaso actor, ahora es cuando podré expresar algo de la historia que estamos viviendo, de esta historia tan perfumada de enseñanzas y de vida.

Y en tanto en torno mío las gentes no se quieren enterar de lo que pasa, de lo que les pasa, de lo que está pasando en el mundo. Parece que no hay otro problema que el de las subsistencias, pero el de las subsistencias materiales, que todo el efecto de la guerra se reduce a encarecer la alimentación. ¡Va a ser terrible el despertar!